

SEGUNDA EDICIÓN

Alberto  
Cañas



80 años  
no es nada

92

C235o2 Cañas Escalante, Alberto, 1920-  
Ochenta años no es nada / Alberto Cañas  
– 2 ed. – San José, C.R. : Editorial UCR,  
2008.  
x, 514 p.

ISBN 978-9968-46-057-6

1. CAÑAS ESCALANTE, ALBERTO,  
1920- – CORRESPONDENCIA,  
MEMORIAS, ETC. I. Título.

CIP/1751  
CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición: 2006

Segunda edición: 2008

Diseño de portada: *Boris Valverde G.*

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria “Rodrigo Facio”. San José, Costa Rica.  
Apdo. 11501-2060 • Tel.: 207 5310 • Fax: 207 5257 • E-mail: [administracion@editorial.ucr.ac.cr](mailto:administracion@editorial.ucr.ac.cr) •  
Página web: [www.editorial.ucr.ac.cr](http://www.editorial.ucr.ac.cr)

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

## *Índice*

---

I.....	1
II.....	23
III.....	43
IV.....	69
V.....	89
VI.....	111
VII.....	135
VIII.....	143
IX.....	159
X.....	173
XI.....	195
XII.....	209
XIII.....	243

XIV .....	269
XV.....	283
XVI .....	303
XVII.....	319
XVIII .....	335
XIX .....	365
XX.....	385
XXI .....	411
XXII.....	437
XXIII .....	455
XXIV .....	465
XXV .....	473
XXVI.....	479
XXVII.....	487
Acerca del autor .....	511

**M**i infancia son recuerdos de la casa de mi abuelo materno. La adquirió, según supe, en 1890 y luego –en presencia mía– tras el terremoto de 1910 y el de 1924. En esa oportunidad, la fachada de bahareque fue sustituida por una de tablilla. Y como los temblores se habían traído al suelo la divisoria, durante un tiempo prácticamente convivimos con nuestros vecinos los García-Alvarado, a cuya casa nos trasladábamos mi hermana y yo simplemente atravesando el enorme orificio de más de dos metros de alto y uno de ancho que se había abierto.

La recuerdo, con su enorme jardín central dividido en dos por una fila de perfumados cipreses, como una casa llena de mujeres. Tres hermanas de mi madre, una divorciada y dos solteras: Amalia, la mayor, abnegada y con un sentido de entrega al prójimo que rayaba en lo enfermizo; Berta, la más dulce de todas, cuya boda cuando yo tenía seis años interrumpió un edén inolvidable de cuentos de hadas y ocurrencias, y Marta, la menor, alegre, musical y bailarina hasta su último día, y una hermana de mi abuelo, compartían con nosotros la compañía de don Gregorio. Mi tía abuela Anita Escalante leía a Balzac, a Victor Hugo y a Zola. También a Galdós y a Pereda (no se

debe ocultar que tenía alguna debilidad por los melodramones de Echegaray), y de alguna manera desaprobaba, sin manifestarlo –ahora lo sé– la afición de mis tías lectoras y de mi abuelo por Alejandro Dumas. Estas aficiones eran un tema normal de conversación entre los adultos de mi casa, lo mismo que la insistencia del abuelo en leer continuamente las Historias de la Revolución Francesa y del Consulado y el Imperio de Thiers, sin uno de cuyos volúmenes no recuerdo a don Gregorio Escalante en su sillón. Mi padre también era lector impenitente y admirador de Valle-Inclán, a quien me puso a leer en cuanto dispuso que su hijo tenía uso de razón (a los 14 años). No era, la de mi infancia, una casa llena de libros, pero sí una casa llena de lectores, que se reforzaba cuando venía desde su residencia en Aquiares de Turrialba la más lectora y más encantadora de mis tías: Margarita. Las conversaciones sobre libros, no es que no fuesen muy frecuentes, pero eran divertidísimas, porque mi padre acusaba a las mujeres de leer los finales de las novelas antes de comenzar la lectura, y las mujeres lo acusaban a él de leer (sin confesarlo, a escondidas, cosa que ellas también hacían) los *best-sellers* semiporno (sicalípticos los llamaban) de El Caballero Audaz, Pedro Mata, Alberto Insúa y ellas, eventualmente –cuando se puso de moda– Elinor Glyn (mi padre rara vez leía un libro que no estuviese originalmente escrito en español). Llegaba a veces desde Chile donde estudiaba, un primo materno de ellas, casi hermano, Álvaro Bonilla Lara, con cargamentos de lectura como *La Casa de la Troya*, *El Socio*, *Ifigenia* o una novedad llamada Rómulo Gallegos, y además le enviaba frecuentemente, desde Santiago, paquetes de libros a doña Anita (que no era en realidad pariente suya).

Los libros que había en aquella casa habían pertenecido al tío Gregorio, que murió a los 18 años, dos meses

antes de graduarse de bachiller, y cuya desaparición pude desde entonces entender que había cambiado el destino y el talante de la familia Escalante Bonilla. En cuanto tuve estante propio, me dediqué a sustraer lentamente esos libros, sintiéndome no sé por qué heredero auténtico si no especie de reencarnación de ese tío de aficiones intelectuales y probable porvenir de abogado, a quien no conocí, pero cuyo papel familiar asumí o me hicieron asumir inconscientemente, y todavía sus libros tienen sitio de honor en mi biblioteca. El único varón sobreviviente de los Escalante Bonilla, Jorge, estudiaba en Londres, y su ausencia era un tema de conversación permanente. Finalmente, problemas de salud lo obligaron a interrumpir su carrera de Medicina, y su regreso a Costa Rica —yo debo de haber tenido cinco años— le trajo a la casa del abuelo un ambiente de alegría contagiosa, de broma permanente y de parranda: Jorge y su hermana menor (Marta la quinceañera) llenaron la casa de música, de suerte que —familiarizado con los libros desde que nací— mis tíos menores me familiarizaron con el jazz.

Mi hermana Amalia tenía cinco años cuando aprendió a leer, por cuenta propia y sin haber jamás explicado cómo lo hizo. Y no solo eso, sino que inmediatamente después realizó otra hazaña inexplicable, que fue transmitirme sus conocimientos a mí, que acababa de cumplir tres. A los tres años, entonces, comencé a leer... y no he parado.

De mis tres años arranca también mi primer recuerdo de la política, que fue la campaña presidencial entre don Ricardo Jiménez, don Alberto Echandi y el General Volio. Entre mis impresiones visuales permanentes está la de la lechuza con que el volismo (se hablaba de volismo, no de reformismo) desfiló hasta el parque Morazán

una tarde. Mi abuelo don Gregorio –a pesar de ser pariente de don Alberto Echandi (los abuelos Echandi de ambos eran hermanos de padre)– vivió en permanente estado de adhesión a don Ricardo Jiménez, y por esa razón mi casa entera fue jimenista. Ahora hablaré de mi otro abuelo, don Rafael Cañas. Vivía prácticamente en el mismo barrio: a tres cuadras a vuelo de pájaro. Solo que los Cañas pertenecían al “barrio del Carmen” y los Escalante al “barrio del Correo”, nombre eufemístico para lo que el resto de los josefinos (y yo mismo hoy) llamaba el “barrio de la Peni”. La señorial mansión de los Cañas (hasta 1921 don Rafael Cañas fue uno de los hombres realmente ricos de Costa Rica) hallábase donde hoy está Racsa. La casa de los Escalante, donde hoy despacha el Ministerio de Planificación, después de que en ella hubo un teatro (Teatro de la Calle 4), en el que Daniel Gallegos, Haydée de Lev y Óscar Castillo estrenaron una comedia mía: *Algo más que dos sueños*, la más internacional de todas, que ha conocido representaciones en México, en Brasil y en la televisión española.

Mi primer recuerdo político es que en 1923 don Gregorio Escalante era jimenista, y don Rafael Cañas echandista. Se cuenta en círculos de la familia, que cuando don Rafael se decidía por un candidato a la presidencia, le prometía su voto y el de seis de sus siete hijos varones. “El de Alberto no lo puedo prometer”; Alberto fue el díscolo. Un parentesco cercano con la esposa de Joaquín Tinoco llevó a los Cañas a ser tinoquistas; Alberto tenía una imprenta de donde salían los bonos que financiaban la revolución de Alfredo Volio y Julio Acosta. En 1923 fueron echandistas, y Alberto no siguió a su padre sino a su suegro (rectifico: no es que lo siguió; es que siempre pensó por cuenta propia). En 1944. sus hermanos fueron picadistas (si tal cosa existió), y Alberto –funcionario

público— mantuvo su adhesión a León Cortés. En algún momento de 1944, y sin perder la cordialidad y el afecto que siempre nos hemos tenido los Cañas, alguno de mis tíos, por supuesto sonriendo, me dijo: “Es que vos y tu tata son las ovejas negras de la familia”. La sonrisa individual se transformó en carcajada colectiva.

Recuerdo, a la par de la lechuza, la fotografía de don Alberto Ehandi que mi abuela Rosa Iraeta\* tenía junto a su mesa de amasar. Tras la ruina de don Rafael, doña Rosa, que tenía grandes habilidades, se dedicó a producir repostería para negocio. Siempre tuvo, para sus numerosísimos nietos, gatos, galletas y mariconas. Jamás nos regañó, y cuando —debidamente estimulados por el tío Antonio— comenzábamos Ricardo Castro, Pepe Cañas, Quico Castegnaro, los Gutiérrez y algún vecino adicional, a circular por el tejado de zinc de la casa de dos pisos, o a descender desde él hasta el balcón del segundo, abrazados al asta en que don Rafael izaba su bandera de cónsul del Perú, a lo más que llegaba era a asomarse por una ventana a decirnos: “Cuidado se caen”. Caerse, en la casa de los Cañas, no tenía importancia. Mi madre contaba una anécdota muy ilustrativa del temperamento linfático de los Cañas (totalmente opuesto al muy sanguíneo de los Escalante): siendo ella novia de mi padre, fue invitada a cenar donde los futuros suegros; sentados estaban todos en la sala, muy solemnes, cuando irrumpió mi tío Antonio, de 6 años, manando sangre por la frente. Nadie se alarmó: simplemente le dieron instrucciones de correr a la esquina, a la casa del doctor Carlos Durán

---

\* Biológicamente, no era mi abuela. Mi padre era hijo de Rita Iraeta, que murió al dar a luz su séptimo retoño. Mi padre tenía entonces siete años, y lo tomó bajo su protección su tía Rosa, que dos años después se convirtió en su madrastra. Pero fue una madre para él y una verdadera y adorable abuela para los 36 nietos de don Rafael.

para que lo viera, le pusiera agua oxigenada, y lo cosiera si era necesario. Mi madre –confesión de ella– estuvo a punto de desmayarse. Años después, por jugar de “tres mosqueteros”, me cayó una partícula de vidrio en un ojo, y me llevaron –no me enviaron– al mismo doctor Durán para que me la sacara. Tengo muy clara la imagen de ese prócer. En la casa del abuelo Cañas recuerdo de niño a otro expresidente de la República: don Juan Bautista Quirós, respetable, imponente, enorme.

No recuerdo haber percibido en mi casa –casa probablemente de sentimientos oligárquicos aunque de limitados recursos– ningún temor al Partido Reformista ni al General Volio. Mi impresión después de tantos años, es que no lo tomaron en serio. Era vecino nuestro uno de los principales dirigentes reformistas: don Enrique Fonseca Zúñiga. Esto no alteró las relaciones de vecindad ni de amistad que entonces existían y después de setenta años siguen en pie entre las dos familias.

Mis recuerdos políticos de 1923 son elementales: jimenismo, echandismo y volismo, y luego, cuando don Gregorio le contó al nuevo presidente que tenía un nieto de cuatro años que leía “de corrido”, la curiosidad de don Ricardo, y mi visita a la casa de las señoritas Moya, donde don Ricardo almorzaba, y la aparición allí de un libro enorme, del cual me pusieron a leer en alta voz. Luego don Ricardo me llevó en su automóvil (del que solo recuerdo que era negro) a La Sabana, donde por primera vez vi un aeroplano (en vivo y a todo color). Así comenzaron mis contactos con la Presidencia de la República, posición que me ha atraído menos que la proverbial Alcaldía de Pacaca que preocupaba a don Ricardo. No puedo explicarme por qué jamás volví a ver a don Ricardo, por qué de adolescente no le busqué, ni por qué, cuando el 15

de mayo de 1943 entramos a su casa los dirigentes del Centro para el Estudio de Problemas Nacionales y nos felicitó el patriarca por haber detenido el hasta entonces más serio atentado contra la libertad de elegir, no me identifiqué como el niño que algo había leído en voz alta para él 19 años atrás.

Este, probablemente insoportable, niño prodigio que sabía leer, no fue, dichosamente, objeto de mucha exhibición. Pero mi madre había sido alumna de García Monge y Brenes Mesén (siempre los llamó así y no por sus nombres de pila), y decidió consultar con don Joaquín –cuando se acercó la edad en que yo debía ir a la escuela– sobre qué hacer con ese niño que ya sabía prácticamente todo lo que le iban a enseñar en primer grado. Recuerdo con emoción esa primera visita a la Biblioteca Nacional, edificio al que me aficioné, y los consejos del maestro: si el niño tenía la fortuna de poder leer, que leyera. “Dele libros, póngalo a leer a Kipling, a Andersen, a Julio Verne, mándemelo aquí que estoy rodeado de libros. Y cuando llegue la hora de que vaya a la escuela, no intenten (sabio consejo de don Joaquín) que entre directamente a segundo grado, porque no conviene que un niño comparta la vida con los que tienen más edad que él, sino lo contrario. Conversen de previo con la maestra, para que entienda que los reglamentos obligan a que este muchacho pase un año viendo cómo sus compañeros aprenden lo que ya él sabe. La maestra comprenderá.”

Después de más setenta años, declaro que no comprendí. Y desde el primer día me convertí en el alumno díscolo que no pone atención, distrae a los demás, y a las dos de la tarde debe quedarse “arrestado” escribiendo (porque para eso sí le sirvió saber escribir) cincuenta veces: “no

debo conversar en clase”. Estudiante desaplicado desde entonces, que en cuarto grado se vio a punto de que lo expulsaran de la escuela. No puedo calcular ahora cuántas horas de su vida pasó mi madre en el Edificio Metálico, conversando con directores y maestras sobre el problema en que se había convertido su hijo “sabiho-ndo”. Pero la recuerdo muy bien, en la puerta del aula y con sombrero.

En mi casa, como en todas las casas de Costa Rica, se hablaba de política. Y a mí me encantaba sentarme en el suelo, cerca del círculo familiar, a orejear. No solo las conversaciones políticas orejeaba, sino, también, las otras. Conservo fragmentos de intrigas, de historias, de intimidades, de murmuraciones que jamás lograré aclarar, y los rostros, pero no los nombres de muchos (más bien muchas) visitantes de nuestra casa, cuyos chismes escuchaba escondido. Los josefinos de entonces, probablemente todos los costarricenses, se visitaban entre sí y se “pagaban” –correspondían– las visitas. De algunas, sí, me quedan los nombres, de otras, como dije, el rostro, o en algún caso una prenda de vestir. La que más visitas recibía era la tía abuela Anita, cuya inteligencia y abundantes lecturas eran conocidas, sobrina como fue de la proverbial Manuela Escalante de setenta años antes, sobre cuya tertulia y personalidad escribió Adolfo Marie cuando falleció a los veinticuatro años.

Este paraíso inicial fue sustituido por otro en 1929. La oficina de agencias que mi padre había fundado con sus dos hermanos mayores prosperaba, y llegó para él y mi madre el ansiado momento de montar casa aparte. Uno de sus amigos de siempre, José Antonio Prada, planeaba pasarse en España un año entero, y le propuso a mi padre alquilarle su casa por ese lapso. Una casa situada exactamente dos

cuadras al norte de la que me había visto nacer. No nos salimos del barrio, pero dos cuadras atrás quedaron (perdidos prácticamente) José María y Longino Soto, Arturo Ardón, Maruja García, Pacho Mattey (luego músico en la banda de Liberia) sus hermanas Hilda y Luz Marina y sus dos viejas tías María y Rosa, Blanca Sanabria (que luego falleció en el horrible accidente de Choluteca), Dinorah y Ricardo Padilla, protagonistas unos y testigos otros del espectáculo cotidiano y el juego vespertino en media calle, interrumpido por automóviles ocasionales. La banda de La Asturiana sería sustituida por la huelga de La Viña, donde se construyó rápidamente el segundo paraíso, que duró dos años y medio.

Mi infancia son los primos, mi infancia son las huelgas. Mi verdadera infancia no transcurrió en la escuela, aunque de la escuela emanaron mis más firmes y duraderas amistades (fue en el Edificio Metálico donde conocí a Toño Cardona y a Jorge Arguedas para siempre).

Un año en “la casa de Prada”, y el año 30 y buena parte del 31 en otra, situada a medio camino entre las dos que había conocido, están protagonizados por los hermanos Corredera, Pepe Segovia (a quien su madre, ya grandulón llamaba Chichí y nosotros, inexorablemente, le encajamos Chichota, Miguel Carranza que murió en la infancia, Jimmy y Harold Fonseca, y otros de quienes nunca más se volvió a saber. Veamos: Cecil O’Donnell, Pilín (miento: de Pilín supe una vez, años más tarde, cuando me escribió desde la Peni para pedirme unos pantalones. Pilín era uno de los tres descalzos de la huelga; los otros eran su hermano Lito y Marcial, que era nicaragüense y le llamábamos “Nica de los diablos”), Albán Caballero que alguna ascendencia francesa y una hermanita preciosa tenía, dos hermanos españoles que pasaron por aquí como

una ráfaga: Joaquín y Mariano Reche, este último el que de primero me condecoró con un ojo negro en el sótano de la casa de los Segovia. ¿Qué fue de ellos? Alguien me contó, no sé cuándo, que uno de los Reche murió en la Guerra Civil española. De esos años emerge también Óscar Vargas, cuyo padre, don Macabeo, me inició en las delicias de Sherlock Holmes y Jack London, y proviene mi afecto entrañable por la familia Yamuni, con cuyas hijas Amelia, Nazira y Dora intimé en esos años, siguiendo el ejemplo de mi padre que siempre tuvo a don Bejos Yamuni como uno de sus mejores amigos, a extremo de que, en sus últimos días, una de las recomendaciones que me hizo fue que, en caso de apuro, recurriera a él. Los cafés de media tarde con galleta de soda, mantequilla y queso, de que disfruté en esa casa inolvidable durante el verano de 1931, forman parte de mi tesoro de recuerdos. Lo mismo mis primeros encuentros con la natación, en la piscina o lo que fuese de que disfrutaban los soldados del Cuartel de Artillería. Jugábamos –inolvidable verano ese de 1931– en lo que llamábamos “la plaza de la Peni”, donde nada menos que los gemelos Bolaños, Hernán y Óscar, intentaban enseñarnos a jugar fútbol cuando no preferíamos resbalar en tablas enceradas hasta arriesgar caer al Torres; y cuando ya no echábamos más, los soldados nos abrían las puertas del Cuartel, y (de esto no se enteraron nunca en casa) nos lanzábamos a la piscina sin saber nadar pero con ganas de aprender (quien me enseñó luego, en serio y con dedicación, fue mi madre en la piscina de los Montealegre en Herrán).

Don Macabeo Vargas, dije, me proveía de Sherlock Holmes y Jack London. Y frente a mi casa, dos inolvidables y adorables hermanas: Cristina y Cabita Jiménez Guier, tenían una cantidad inenarrable de novelas de Zane Grey, que naturalmente agoté y a las que debo mi

afición, que no cesa, por las películas –que ya no tanto por las novelas– del oeste.

Ese paraíso coincide con la instalación en Costa Rica del cine parlante, que produjo en mi padre una afición al cine que no se le conocía antes, y que ahora sé que se originó remotamente en sus años de colegial en Pennsylvania y en Indiana, y en la oportunidad que el nuevo cine le ofrecía de practicar su inglés. Siempre había cantado en inglés, y sus hijos nos aprendimos fonéticamente algunas de sus canciones de 1911; tanto, que cuando en la plenitud de mi juventud bailarina llegó aquí la película *Al compás de mis recuerdos*, que repopularizó la canción de Irving Berlin *Alexander's Ragtime Band*, resultó, para sorpresa y desazón de mis amigos y amigas, que yo me la sabía de pe a pa. La súbita afición de mi padre se circunscribía básicamente a Maurice Chevalier (afición compartida réquete de sobra por mi madre) y a los Hermanos Marx (a los cuales me apunté yo).

De pronto, se comenzó a hablar en mi casa de “la crisis” que se venía, que se esperaba. No me era posible discernir en qué consistiría, pero en las tertulias familiares (celebradas en ocasiones celebrables en la casa matriz del abuelo Escalante) se preguntaban si don Cleto podría enfrentarse a la crisis que se veía inevitable. En ese clima se produjo lo que podría ser mi segunda experiencia política: don Cleto nombró Ministro\* de Fomento a don Gregorio. Júbilo familiar. Me aproveché de ese episodio una sola vez, cuando me subí al automóvil ministerial

---

\* La Constitución los llamaba Secretarios de Estado, pero el pueblo les llamó siempre Ministros, aunque ese título solo proviene de la Junta Fundadora de 1948 y de la Constitución de 1949. Me pliego al uso popular a lo largo de estas páginas y llamo ministros a los miembros del gabinete anteriores a 1948. Solo oficialmente y en documentos públicos se les conoció como Secretarios.

para asistir al entierro del expresidente don Bernardo Soto (ese viejecito bigotudo a quien se veía en el cuadrante sureste del parque Morazán y al que mi compañero Paco Oduber llamaba “tío Bernardo”). Para nada le gustó a don Gregorio, cuando terminaron las ceremonias oficiales, encontrar a su nieto, muy orondo, en el vehículo del ministro. Héctor, el chofer, fue reprendido por corrupto. Don Gregorio era estricto e intolerante con los abusos, y el que su nieto se encaramara en un vehículo destinado exclusivamente al ministro y de ninguna manera a su parentela, era un acto alarmante de corrupción.

En la familia se comentaban esas ocurrencias del abuelo como “escalantadas”, recordando que su padre, el primer Gregorio (porque ya son cinco) era hombre de decisiones violentas, y don Cleto González Víquez cuenta que fue enviado por don Juan Rafael Mora a Perú, después de la primera etapa de la guerra contra los filibusteros, a buscar financiación y ayuda. Una hermana suya, Rosalía, era la viuda del general Pedro Bermúdez, personaje importantísimo de la política peruana que llegó a ser Jefe Supremo. Llegó don Gregorio a Lima, solicitó la audiencia de rigor al presidente Ramón Castilla, con quien comenzó las negociaciones. Pero pasaba el tiempo y nada se resolvía; según don Cleto, a esto puede haber contribuido el que doña Rosalía figurara en ciertos círculos de la alta sociedad limeña no gratos al gobernante. Lo cierto es que mi antepasado montó en cólera (cólera familiar o cólera poco diplomática de diplomático), publicó una protesta en el diario *El Comercio* de Lima, tomó un barco y se volvió a Costa Rica, adonde llegó cuatro meses después de haber salido de Puntarenas. Mientras don Gregorio navegaba de regreso, el Gobierno peruano aprobó el préstamo, haciendo caso omiso de la poco diplomática despedida del plenipotenciario costarricense. El segundo Gregorio

protagonizó la última de las numerosas crisis de gabinete de don Cleto: el Ministro de Costa Rica en Washington, Manuel Castro Quesada, se vino a Costa Rica intempestivamente, abandonando la legación sin pedir permiso, a lanzar su candidatura presidencial, y los ministros que no estuvieron de acuerdo con ello y lo consideraron una imprudencia que comprometía la neutralidad del Poder Ejecutivo, o sean don Gregorio, don Tomás Soley Güell (Hacienda) y don Raúl Gurdían (Gobernación), renunciaron. No los acompañaron don Octavio Beeche (Relaciones Exteriores), don Justo Facio (Educación), don Solón Núñez (Salubridad) ni don Arturo Quirós (Seguridad). Pocos días más tarde, los tres renunciantes se incorporaron a las huestes que proclamaban la tercera candidatura de don Ricardo Jiménez. Sentado en un sillón fingiendo leer a Julio Verne, o escondido detrás de una puerta, escuché todos los comentarios que en familia se hicieron sobre la crisis ministerial, y alguna concientización política –como hoy se dice– tengo que haber adquirido de todo ello, principalmente la convicción de que hay que ser intransigente con lo que no es totalmente correcto. Me despedí con mucha pena del amable chofer oficial, quien, a pesar de las admoniciones de don Gregorio, me había seguido dando (como dijeron las generaciones posteriores) “aventones” cada vez que me le puse enfrente.

En todo caso, el automóvil oficial de la Secretaría de Fomento y Agricultura (placa con bandera número 11) fue mi primer auténtico contacto con el Poder y sus delicias, y de esto debe quedar constancia.

Los años del segundo paraíso –no tan paradisíacos en los grados tercero, cuarto y quinto del Edificio Metálico– marcan mi acercamiento más intenso a mis

dos primos coetáneos, Ricardo Castro y Pepe Cañas, con quienes compartí aula, amén de inenarrables audacias, malacrianzas y travesuras. Mis recuerdos propiamente escolares de esos años no son especialmente gratos. Mi hada madrina, Carmen Tomás, tuvo a bien concederme un año de indulgencia y felicidad escolar en el segundo grado. Me salvó del oprobio, si no del reformatorio, un maestro en cuarto grado: Alberto Muñoz Rovira, cuya memoria venero. Llevamos en la conciencia todos los que hicimos el quinto grado en 1931, las torturas a que sometimos –capitaneados por Alfredo Cardona Peña– a un maestro bondadoso y paciente: Lino Moisés Blanco, durante cuyo reinado ocurrieron dos sucesos para mí trascendentales: la crisis de que se hablaba, que se esperaba, que era inminente, golpeó por fin, brutalmente, a mi padre, lo que me convirtió en el niño sin bicicleta que sigo siendo; y una condición permanente de la que no he hablado: la de niño enfermizo, culminó con una dolencia nerviosa cuya naturaleza nunca me fue explicada ni he comprendido de adulto, pero que obligó a mi retiro de la escuela en septiembre, y a una cura de reposo en el campo (la hacienda Herrán de los Montealegre) de dos meses, con el consiguiente cierre –que fue definitivo– tanto de la coqueta casita que alquilábamos en la calle 4 –equidistante entre la del abuelo y la de Prada– como del segundo paraíso que la pequeña familia de cuatro disfrutó durante casi tres años, compacta, unida y llena de amor.

De la temporada forzosa de Herrán, me quedan el recuerdo de la piscina, de haber medio aprendido a jugar *croquet* y tenis (único deporte con bola que he podido practicar), y el ciclismo: me prestaron una bicicleta de mi prima Florita Cañas, de la que no me bajé durante los dos meses, y comenzó en esa forma mi entrañable relación con esa prima linda, cinco años menor que yo, de la que,

años después, ella quinceañera, fui confidente y amigo entrañable, relación hondísima, pícara y llena de afecto, que alarmó al abuelo Rafael Cañas cuando la presencié, y dentro de la cual (ella era por ese entonces, 1940 y 1941, el enamoramiento de turno de Daniel Oduber), lo que no hicimos, porque no quisimos, fue enamorarnos. Ahora pienso que me perdí (¿nos perdimos?) la experiencia de un amorío clandestino memorable.

Al terminar 1931, mi abuelo don Gregorio acababa de adquirir una hacienda de café en Naranjo, la primera que tuvo en su larga vida de hombre dedicado al café (como personero de la firma Rohrmoser Hermanos), y tras un intervalo, mi cura de reposo se prolongó en ella. Allí terminó mi infancia.

Cuando volví a la vida activa, para iniciar el VI grado bajo la tutela de otra hada, Noemi Morales, creo que mi mentalidad era ya la de un adolescente, no la de un niño, aunque solo tuviera 12 años.

Mi enfermedad y la crisis financiera de la familia me obligaron a madurar tempranamente. Mi padre dejó la empresa de agencias en manos de sus hermanos, y gracias a la influencia política que tenía el marido de su hermana Lupita, Ricardo Castro Beeche, obtuvo, del gobierno que inició en mayo de 1932 don Ricardo Jiménez, un puesto de planillero y pagador en el Ferrocarril el Pacífico, con un salario mensual de 300 colones (de 75 dólares, dirían los entendidos de hoy en día). Se acondicionaron unas habitaciones en la parte trasera del edificio que las agencias Cañas Hermanos ocupaban, a ellas nos trasladamos, y allí vivimos dos años. Solo que, no habiendo allí espacio suficiente y solamente un dormitorio, mi hermana Amalia y yo teníamos que ir a dormir en la vieja casa familiar donde nacimos, cuatro cuadras al oeste. Esto

tuvo para mí un aspecto positivo que tal vez entonces no aprecié: una nueva relación con don Gregorio, cuya alcoba compartí todo ese tiempo, lo mismo que su asistencia al cine. Le encantaban (y a mí) las películas de Carlos Gardel.

Durante el día, mi madre empleaba sus considerables habilidades pictóricas esmaltando piezas de alfarería que ponía a la venta. No aceptó la proposición de su suegro de solicitar nuevamente un puesto de maestra, porque no quería horarios fijos que la obligaran a descuidar la formación de sus dos hijos. Y eso que su vocación de maestra no la abandonó nunca. Graduada en 1911, ejerció hasta su boda en 1917, en la que luego fue Escuela Perú, en ese entonces Escuela Superior de Niñas N.º 3, o, en el lenguaje cotidiano, “la escuela de Mercedes Carrión”. De esos años guardaba el profundo recuerdo de su relación con el Ministro don Luis Felipe González (que alguna vez, confesó ella, le propuso matrimonio, pero ella no tuvo en su vida y hasta su muerte más que un novio de verdad), y de cómo pudo conocer por esa razón al presidente don Alfredo, por quien en mi casa se guardó siempre una especie de veneración. Ya he dicho que en la imprenta de mi padre se imprimían en 1918 y 1919 los bonos de la Revolución, pese a los nexos de la familia Cañas con la dictadura de Tinoco.

Todas las noches, en esos años 32 y 33, los cuatro salíamos, después de la comida y las tareas, con rumbo a la casa del abuelo Escalante, pero quedaba de camino la casa del abuelo Cañas, y hacíamos escala en ella y disfrutábamos de un aparato de radio, el primero que hubo en mi parentela. Nunca estuve más cerca de la familia de mi padre que en los dos años que duró esa etapa de la cual he hablado, crudamente, en la única de mis obras

que tiene sentido autobiográfico: la comedia *Ni mi casa es ya mi casa*, en la que desfiguré los hechos pero no tanto que quienes los conocieron y nos conocieron no los identificaran.

Noemi Morales alivió el año 1932, el más triste de mi vida. Es cierto que la situación de familia dividida y arruinada se prolongó a todo lo largo de 1933, pero 1933 marcó mi ingreso en el Liceo de Costa Rica, y un cambio serio. Adolescencia, pubertad, nuevos horizontes.

La primera temporada en la hacienda de Naranjo tuvo como seudónimo la famosa “cura de reposo”, aunque yo fui el primero en comprender que no la necesitaba. Pero en ese verano, concretamente en ese febrero de 1932, ocurrieron dos sucesos que, ahora sé, influyeron enfáticamente en mi formación: el primero fue el enterarme de que un peón con el que yo había logrado hacer amistad, una de esas amistades que solo se hacen con los campesinos, había sido despedido porque se averiguó que en las elecciones de esos días había votado por un candidato que no era el del patrono. Esto no destronó a mi abuelo ni a mi tío Jorge que manejaba la recién adquirida finca, pero me planteó cuestiones sumamente serias que han caminado conmigo toda la vida, primero desde un punto de vista sentimental y más tarde desde una posición casi filosófica. El segundo fue el intento de golpe de Estado que la historia conoce como el bellavistazo. No había cumplido 12 años y no lo entendí. No me podía dar cuenta de que algo estaba fallando en el sistema que mi país vivía y decía disfrutar. Conforme fui creciendo, empecé a comprender que el bellavistazo no había sido otra cosa que una imbecilidad producto de la incultura de la clase política vigente, tan dependiente de la clase cafetalera. Por más que he preguntado, que he leído, que

he averiguado, no acierto todavía a entender de qué se trató o que autojustificación ensayaron sus protagonistas. El candidato derrotado (que tenía opción plena para ganar una segunda elección en abril) decidió suicidarse políticamente y renunciar a esa posibilidad. Y una cantidad impresionante de hombres, nombres y renombres lo acompañó en la estúpida aventura que nadie ha explicado. Ninguno de los autores de ese crimen dio jamás una explicación medianamente satisfactoria, no digamos de los objetivos políticos que perseguían, ni siquiera de las razones de índole personal que lo llevaron a involucrarse en la aventura.

Hago una pausa y doy un salto en el tiempo. En 1957, cuando yo me desempeñaba como Embajador de Costa Rica en las Naciones Unidas, me anunció la Casa Amarilla que iba a pasar por Nueva York, donde estaría un día entero, don Alejandro Aguilar Machado, a quien se me pedía atendiera. Don Alejandro me había distinguido en el Liceo de Costa Rica, pero yo lo había perdido de vista, había desaprobado su conducta de Ministro de Educación (1936-1940), que nos impuso en el Liceo un director impopular y disciplinarista a la antigua y creó allí un extraño clima de sublevación, y además engavetó el informe de la misión chilena traída en 1935 por don Ricardo Jiménez y su ministro Teodoro Picado, sobre la reapertura de la Universidad, informe que fue desarchivado a pito y caja por su sucesor don Luis Demetrio Tinoco. Había desaprobado también su participación en la Conferencia de Bogotá en abril de 1948, donde fue —como representante del tambaleante y homicida gobierno de Picado— a negar que las tropas de Somoza hubieran entrado en territorio costarricense a inmiscuirse en la guerra civil, cuando dos delegaciones: las de los Estados Unidos y Venezuela (presididas por George Marshall y

Rómulo Betancourt) tenían las pruebas de la invasión y Venezuela la había denunciado. Pero así y todo yo mantenía cierto respeto por su figura intelectual, producto del embrujamiento que me produjeron sus inolvidables lecciones de Historia Antigua en mi primer año de liceísta.

—Tenemos para conversar con don Alejandro un día entero, —le dije a mi Delegado Alterno, Raúl Trejos.

—Busquemos tema, —me contestó.

Y se nos ocurrió que tener la elocuencia de don Alejandro en Nueva York a nuestra entera disposición un día entero, era la oportunidad de nuestras vidas para pedirle que nos explicara el bellavistazo y las razones de su participación en él, las intenciones y propósitos que lo llevaron, y la forma en que él podía justificar ese acto dentro de sus concepciones de hombre demócrata.

No pudimos obtener de él ni una coartada medianamente importante. Se limitó a contarnos que él había salido del cuartel Bellavista con bandera blanca a negociar la paz con don Cleto, verdadero santo laico de la Patria según sus palabras. Y de nada nos sirvió insistirle en que nos explicara por qué había entrado al Bellavista con bandera roja. La verdad es que la república liberal de que tanto nos ufamamos los costarricenses nunca se enraizó debidamente, siempre fue débil, y solo vivió porque así lo quisieron don Cleto y don Ricardo, don Alfredo González y don Julio Acosta. Los políticos que en torno a ellos pulularon, no tenían la menor consistencia ideológica ni filosófica. El bellavistazo lo demostró. La prueba de ello es que de ese atentado flagrante, siniestro, sangriento y criminal contra las instituciones republicanas y democráticas, salió muy orondo con rumbo a una

candidatura presidencial siete años después, el Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia, a quien tampoco nadie, a lo largo de los años 36 a 40 de su frenética actividad política le preguntó sobre las razones que lo habían llevado a participar en un cuartelazo estúpido.

(Muchas de las actuaciones posteriores de este gobernante, se compaginan a plenitud con su ingreso al cuartel Bellavista la madrugada del 15 de febrero de 1932. Y, la verdad sea dicha, tres de los participantes en el atentado han sido luego distinguidos como Beneméritos de la Patria: los dos que llevo citados y el General Jorge Volio. ¡Para que se fíe uno de los requisitos que se deben llenar para obtener un benemeritazgo!).

El terminar la cura de reposo en la hacienda que don Gregorio acababa de comprar en Naranjo, marcó el que se acabaran para mí las temporadas veraniegas en Aquiares, donde los primos Arrea y con las primas Gil. A partir de entonces, mi tío Jorge y su esposa María Cristina me convirtieron en el huésped privilegiado de Naranjo, y mi adolescencia y primera juventud están firmemente fijadas allí. Naranjo fue parte de mi más honda formación espiritual, fue el escenario asoleado de mis primeras aventuras de adolescente, de mis primeras escapadas amorosas clandestinas de muchacho, con dos protagonistas: una hermosísima que se llamaba Ramona, en los cafetales, y otra preciosa que se llamaba Chepita, en el salón de escogida del beneficio. Nadie se enteró jamás de nada de esto. Y serán ellas las únicas muchachas que mencionaré en estas páginas.

No hace mucho, alguien que me entrevistaba me preguntó si el San Luis de mis cuentos, comedias y novelas no sería Naranjo. De allí arranca, allí está, no es un retrato,

sino una contemplación sentimental, un hogar perdido. San Luis no se parece al Naranjo que usted ve, pero tiene su raíz en el Naranjo que yo viví, amé, recorrí y devoré de los 12 a los 17 años.

## *Acerca del autor*

---

Alberto Cañas (n. San José, 1920) une a su larga carrera de periodista y profesor universitario, una infatigable labor literaria en el terreno de la narrativa y el teatro que le ha valido numerosos reconocimientos, entre ellos el Premio Nacional de Periodismo Cultural García Monge en 1964, y el Premio Nacional de cultura Magón que le fue otorgado en 1976. Sus narrativas le han valido tres veces el Premio Aquileo J. Echeverría, y en igual número lo han recibido sus obras teatrales, que oscilan entre la fantasía y la burla; varias de ellas han sido traducidas al inglés y representadas en los Estados Unidos y en casi todos los países de Iberoamérica, así como divulgadas por la Radio y Televisión Española.

Otras obras del autor:

*Los Molinos de Dios,*

*Feliz Año, Chaves Chaves*

*Crisantema*

*Una Casa en el Barrio del Carmen*

*Oldemar y los Coroneles*

*La Segua*

*La Soda y el F.C.*

*La Exterminación de los Pobres*

*Ni mi Casa es ya mi Casa*

*En Agosto hizo Dos Años*

*Uvieta*

*Aquí y Ahora*

*Los Cuentos del Gallo Pelón*

*El Luto Robado*

*Tarantela*

*Los 8 Años*

*Una Bruja en el Río*

*Elegía Inmóvil*

*Cosas de Mujeres*

*Tanto Esfuerzo para Nada*

Esta es una  
muestra del libro  
en la que se despliega  
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la  
**Librería UCR Virtual.**

LIBRERÍA  
UCR  
  
VIRTUAL

Alberto Cañas, cuyos aportes positivos a la vida misma de Costa Rica, notablemente su cultura y su política, son bien conocidos, cuenta aquí su vida, tan entrelazada con la historia patria. Desde su infancia en el “barrio de la peni”, hasta su condición actual de jubilado, cuando aún ejerce la enseñanza en una universidad privada. La vida política de los últimos sesenta años esta aquí contada por alguien que participó activamente en ella y nos entera de razones, verdades y pormenores que hasta hoy permanecían sin ser objeto de una explicación o una interpretación claras. Con énfasis en los tres gobiernos de José Figueres, en los cuales tuvo una participación importante tanto en el terreno diplomático en los dos primeros, como en el campo cultural en el tercero, siempre en un lugar estratégico y más de una vez actuando secretamente, pero participando en sucesos que no es sino hasta ahora que se cuentan, se aclaran o se interpretan.

Aquí está también la historia de sus novelas y piezas teatrales, de su desarrollo como escritor que ha culminado con su nombramiento de Presidente de la Academia Costarricense de la Lengua y, con mucho énfasis, la de sus familias: la paterna, la materna y la que él ha formado. He aquí, pues, en suma, un libro que nos ayudará a entender a Costa Rica.

